



CANTO XVII

Hace Millalauco su embajada. Salen los españoles de la isla, levantando un fuerte en el cerro de Penco; vienen los araucanos á darles el asalto. Cuéntase lo que en aquel mismo tiempo pasaba sobre la plaza fuerte de San Quintin.

Nunca negarse deben los oídos
 A enemigos ni amigos sospechosos,
 Que tanto os dejan mas apercibidos
 Cuanto vos los teneis por cautelosos;
 Escuchados serán mas entendidos
 Ora sean verdaderos ó engañosos:
 Que siempre por señales y razones
 Se suelen descubrir las intenciones.

Cuando piensan que mas os desatinan
 Con su máscara falsa y trato extraño,
 Os despiertan, avisan, encaminan,
 Y encubriendo descubren el engaño:
 Veis el blanco y el fin adonde atinan,
 El pro y el contra, el interés y el daño:
 No hay plática tan doble y cautelosa
 Que della no se infiera alguna cosa.

Y no hay pecho tan lleno de artificio
 Que no se le penetre algun conceto;
 Que las lenguas al fin hacen su oficio
 Y mas si el que oye sabe ser discreto.
 Nunca el hablar dejó de dar indicio,
 Ni el callar descubrió jamás secreto:
 No hay cosa mas difícil bien mirado
 Que conocer un necio si es callado.

Y es importante punto y necesario
 Tener el capitán conocimiento
 Del arte y condicion del adversario,
 De la intencion, designio y fundamento;
 Si es cuerdo y reportado ó temerario,
 De pesado ó lijero movimiento,
 Remiso ó diligente, incauto, astuto,
 Vario, indeterminable ó resolutivo.

Así vemos que el bárbaro senado
Por saber la intencion del enemigo
Al canto Millalauco había enviado
Debajo de figura y voz de amigo,
Que con semblante y ánimo doblado,
Mostrándose cortés, como atrás digo,
El rostro á todas partes revolviendo
Alzó recio la voz así diciendo:

«Dichoso capitán y compañía,
A quien por bien de paz soy enviado
Del araucano estado y señoría,
Con voz y autoridad del gran senado:
No penseis que el temor y cobardía
Jamás nos haya á término llegado
De usar, necesitados de remedio,
De algun partido infame y torpe medio.

»Pues notorio os será lo que se estiende
El nombre grande y crédito araucano,
Que los estraños términos defiende
Y asegura debajo de su mano;
Y también de vosotros ya se entiende
Que movidos de celo y fin cristiano
Con gran moderacion y disciplina
Venis á derramar vuestra doctrina.

»Siendo pues esto así como la muestra
Que habeis dado hasta aquí lo verifica,
Y la buena opinion y fama vuestra
Con claras y altas voces lo publica:
Yo os vengo á asegurar de parte nuestra,
Y así á todos por mí se os certifica
Que la ofrecida paz tan deseada
Será por los caciques aceptada.

»Que el inclito senado habiendo oido
De vuestra parte algunas relaciones,
Con sabio acuerdo y parecer movido,
Por legítimas causas y razones
Quiere aceptar la paz, quiere partido
De licitas y honestas condiciones,²
Para que no padezca tanta gente
Del pueblo simple y género inocente.¹

»Que si la fe irrevocable y juramento
De vuestra parte con amor pedido,
Y el gracioso y seguro acogimiento
De nuestra voluntad libre ofrecido,
Pueden dar en las cosas firme asiento
Con honra igual y licito partido,
Sin que los nuestros súbditos y estados
Vengan por tiempo á ser menoscabados:

»A Carlos sin defensa y resistencia
Por amigo y señor le admitiremos,
Y el servicio indebido y obediencia
De nuestra voluntad le ofreceremos;
Mas si quereis llevarlo por violencia,
Antes los propios hijos comeremos,
Y vereis con valor nuestras espadas
Por nuestro mismo pecho atravesadas.

»Pero por trato llano sin recelo
Podreis por vuestro rey alzar bandera,
Que el estado las armas por el suelo
Con los brazos abiertos os espera,
Reconociendo que el benigno cielo
Le llama á paz segura y duradera
Quedando para siempre lo pasado
En perpetuo silencio sepultado.»

Aquí dió fin al razonar, haciendo
A su modo y usanza una caricia,
Siempre en su proceder satisfaciendo
A nuestra voluntad y á su malicia;
Y el bárbaro poder disminuyendo
Nos aumentaba el ánimo y codicia,
Dándonos á entender que había flaqueza
Y abundancia de bienes y riqueza.

Oida la embajada, don García,
Haciéndole gracioso acogimiento,
En suma respondió que agradecía
La propuesta amistad y ofrecimiento,
Y que en nombre del rey satisfaría
Su buena voluntad con tratamiento
Que no solo no fuesen agraviados,
Mas de muchos trabajos relevados.

Hizo luego sacar á dos sirvientes
Por mas confirmacion algunos dones,
Ropas de mil colores diferentes,
Jotas, llautos, chaquiras y listones,
Insignias y vestidos competentes
A nobles capitanes y varones,
Siendo de Millalauco recibido
Con palabras y término cumplido.

Así que, con semblante y apariencia
De amigo agradecido y obligado,
Pidiendo al despedir grata licencia
A la barca volvió que había dejado;
Y con la acostumbrada diligencia
Al tramontar del sol llegó al estado
Do recibido fué con alegría
De toda aquella noble compañía.

Visto el despacho y la ocasion presente
Los caciques la junta dividieron,
Y dando muestra de esparcir la gente
A sus casas de paz se retrujeron,
Adonde sin rumor secretamente
Las engañosas armas previnieron,
Moviendo del comun las voluntades
Aparejadas siempre á novedades.

Nosotros no sin causa sospechosos
Allí mas de dos meses estuvimos,
Y á las lluvias y vientos rigurosos
Del impacable invierno resistimos;¹
Mas pasado este tiempo, deseosos
De saber su intencion, nos resolvimos
En dejar el isleño alojamiento
Haciendo en tierra firme nuestro asiento.

Ciento y treinta mancebos florecientes
Fueron en nuestro campo apercebidos,
Hombres trabajadores y valientes
Entre los mas robustos escojidos,
De armas y de instrumentos convenientes
Secreta y sordamente prevenidos:
Yo con ellos también, que vez ninguna
Dejé de dar un tiento á la fortuna.

Para que en un pequeño cerro exento,
Sobre la mar vecina relevado,
Levantasen un muro de cimiento,
De fondo y ancho foso rodeado,
Donde pudiese estar sin detrimento
Nuestro pequeño ejército alojado,
En cuanto los caballos arribaban,
Que ya teníamos nueva que marchaban.

Pues salidos á tierra entenderian
La intencion de los bárbaros dañada,
Que en secreto las armas prevenian
Con falso rostro y amistad doblada:
De do si se moviesen les darian
Algun asalto y súbita ruciada,
Que quebrantado el ánimo y denuedo
Viniesen á la paz de puro miedo.

Era imaginacion fuera de tino
Pensar que los soberbios araucanos
Quisiesen de concordia algun camino
Viéndose con las armas en las manos;
Pero con la presteza que convino,
Los ciento y treinta jóvenes lozanos
Pasaron á la tierra sin ayuda
Mas que el amparo de la noche muda.

Y aunque era en esta tierra el tiempo cuando
Virgo alargaba apriesa el corto dia
Las variables horas restaurando
Que usurpadas la noche le tenia,
Antes que la alba fuese desterrando
Las nocturnas estrellas, parecia
La cumbre del collado levantada
De gente y materiales ocupada.

Cuáles con barras, picos y azadones
Abren los hondos fosos y señales;
Cuáles con corvos y anchos cuchillones,
Hachas, sierras, segures y destrales
Cortan maderos gruesos y troncones
Y fijados en tierra con tapiales
Y trabazon de leños y faginas
Levantán los traveses y cortinas.

No con tanto hervor la tiria gente
En la labor de la ciudan famosa
Solicita, oficiosa y diligente
Andaba en todas partes presurosa;
Ni César levantó tan de repente
En Dirrachio la cerca milagrosa,
Con que cercó el ejército esparcido
Del enemigo yerno inadvertido:

Cuanto fué de nosotros coronada
De una gruesa muralla la montaña,
De fondo y ancho foso rodeada
Con ocho gruesas piezas de campaña;
Siendo á vista de Arauco levantada
Bandera por Felipe, Rey de España,
Tomando posesion de aquel estado
Con lo demás del padre renunciado.

Túvose por un caso nunca oído
De tanto atrevimiento y osadía,
Entre la gente plática tenido
Mas por temeridad que valentía,
Que en el soberbio estado así temido
Los ciento y treinta en poco mas de un día
Pudiésemos salir con una cosa
Tanto cuanto difícil peligrosa.

Nuestra gente del todo recogida,
La cual luego segura al fuerte vino,
Que el alto sitio y pólvora temida
Hizo fácil y llano aquel camino;
Por las anchas cortinas repartidas
Segun y por el orden que convino,
Nos pusimos allí todos á una
Debajo del amparo de fortuna.

La pregonera fama, ya volando
Por el distrito y término araucano,
Iba de lengua en lengua acrecentando
El abreviado ejército cristiano,
La gente popular amedrentando
Con un hueco rumor y estruendo vano
Que lo incierto á las veces certifica,
Y lo cierto, si es mal, lo multiplica.

Llegada pues la voz á los oídos
De nuestros enemigos conjurados,
No mirando á los tratos y partidos
Por una parte y otra asegurados;
Con súbita presteza apercebidos
De municiones, armas y soldados,
Sin aguardar á mas trataron luego
De darnos el asalto á sangre y fuego.

Juntos para el efecto en Talcaguano,
Dos millas poco mas del fuerte asiento,
El esforzado mozo Gracolano,
De gran disposicion y atrevimiento,
Dijo en voz alta: «¡Oh gran Caupolicano!
Si en algo es de estimar mi ofrecimiento,
Prometo que mañana en el asalto
Arbolaré mi enseña en lo mas alto.

»Y porque á tí, señor, y á todos quiero
Haceros de mis obras satisfechos,
Con esta usada lanza me profiero
De abrir lugar por los contrarios pechos:
Y que será mi brazo el que primero
Barahuste las armas y pertrechos,
Aunque mas dificulten la subida,
Y todo el universo me lo impida.»

Así dijo; y los bárbaros en esto,
Porque ya las estrellas se mostraban,
Al fuerte en escuadron con paso presto
Cubiertos de la noche se acercaban,
Y en una gran barraca, oculto puesto,
Al pié de la montaña reparaban,
Aguardando en silencio aquella hora
Que suele aparecer la clara aurora.

Aquella noche yo mal sosegado
Reposar un momento no podia,
O ya fuese el peligro, ó ya el cuidado
Que de escribir entonces yo tenia:
Así imaginativo y desvelado
Revolviendo la inquieta fantasía,
Quise de algunas cosas desta historia
Descargar con la pluma la memoria.

En el silencio de la noche oscura,
En medio del reposo de la gente,
Queriendo proseguir con mi escritura
Me sobrevino un súbito accidente:
Cortóme un hielo cada coyuntura,
Turbóseme la vista de repente,
Y procurando de esforzarme en vano
Se me cayó la pluma de la mano.

Quisiérame quejar, mas fué imposible
Del accidente súbito impedido;
Que el agudo dolor y mal sensible,
Me privó del esfuerzo y del sentido;
Pero pasado el término terrible,
Y en mi primero ser restituído,
Del tormento quedé de tal manera
Cual si de larga enfermedad saliera.

Luego que con suspiros trabajados
Desfogando las ansias aflojaron,
Mis descaídos ojos agravados
Del gran quebrantamiento se cerraron:
Así los lasos miembros relajados
Al agradable sueño se entregaron,
Quedando por entonces el sentido
En la mas noble parte recogido.

No bien al dulce sueño y al reposo
Dejado el quebrantado cuerpo habia,
Cuando oyendo un estruendo sonoro
Que estremecer la tierra parecia,
Con gesto altivo y término furioso
Delante una mujer se me ponía,
Que luego vi en su talle y gran persona
Ser la robusta y áspera Belona:

Vestida de los piés á la cintura,
De la cintura á la cabeza armada
De una escamosa y lúcida armadura;
Su escudo al brazo, al lado la ancha espada,
Blandiendo en la derecha la asta dura,
De las horribles furias rodeada,
El rostro airado, la color teñida,
Toda de fuego bélico encendida.

La cual me dijo: «¡Oh mozo temeroso!
El ánimo levanta y confianza,
Reconociendo el tiempo venturoso
Que te ofrece tu dicha y buena andanza;
Huye del ocio torpe y perezoso,
Ensancha el corazón y la esperanza,
Y aspira á mas de aquello que pretendes,
Que el cielo te es propicio si lo entiendes.

»Que viéndote á escribir aficionado
Como se muestra bien por el indicio,
Pues nunca te han la pluma destemplado
Las fieras armas y áspero ejercicio,
Tu trabajo tan fiel considerado,
Solo movida de mi mismo oficio
Te quiero yo llevar en una parte
Donde podrás sin limite ensancharte.

»En campo fértil, lleno de mil flores,
En el cual hallarás materia llena
De guerras mas famosas y mayores,
Donde podrás alimentar la vena;
Y si quieres de damas y de amores
En verso celebrar la dulce pena,
Tendrás mayor sujeto y hermosura,
Que en la pasada edad y en la futura.

»Sígueme,» dijo al fin; y yo admirado,
Viéndola revolver por donde vino,
Con paso largo y corazón osado
Comencé de seguir aquel camino,
Dejando del siniestro y diestro lado
Dos montes, que el Atlante y Apenino
Con gran parte no son de tal grandeza,
Ni de tanta espesura y aspereza.

Salimos á un gran campo, á do natura
Con mano liberal y artificiosa
Mostraba su caudal y hermosura
En la varia labor maravillosa,
Mezclando entre las hojas y verdura
El blanco lirio y encarnada rosa,
Junquillos, azahares y mosquetas,
Azucenas, jazmines y violetas.

Allí las claras fuentes murmurando
El deleitoso asiento atravesaban,
Y los templados vientos respirando
La verde yerba y flores alegraban.
Pues los pintados pájaros volando
Por los copados árboles cruzaban,
Formando con su canto y melodía
Una acorde y dulcísima armonía.

Por mil partes en corros derramadas
Vi gran copia de ninfas muy hermosas
Unas en varios juegos ocupadas,
Otras cogiendo flores olorosas,
Otras suavemente y acordadas
Cantaban dulces letras amorosas,
Con cítaras y liras en las manos,
Diestros sátiros, faunos y silvanos.

Era el fresco lugar aparejado
A todo pasatiempo y ejercicio:
Quién sigue ya de aquel, ya deste lado
De la casta Diana el duro oficio;
Ora atraviesa el puerco, ora el venado,
Ora salta la liebre, y con el vicio
Gamuzas, capreolas y corcillas
Retozan con la yerba y florecillas.

Quién el ciervo herido rastreando
De la llanura al monte atravesaba;
Quién el cerdoso puerco fatigando
Los osados lebreles ayudaba;
Quién con templados pájaros volando
Las altaneras aves remontaba:
Acá matan la garza, allá la cuerva,
Aquí el celoso gamo, allí la cierva.

Estaba medio á medio deste asiento
En forma de pirámide un collado,
Redondo en igual círculo y exento,
Sobre todas las tierras empinado;
Y sin saber yo cómo, en un momento,
De la fiera Belona arrebatado,
En la mas alta cumbre dél me puso,
Quedando dello atónito y confuso.

Estuve tal un rato de repente
Viéndome arriba, que mirar no osaba,
Tanto que acá y allá medrosamente
Los temerosos ojos rodeaba:
Allí el templado céfiro clemente
Lleno de olores varios respiraba,
Hasta la cumbre altísima el collado
De verde yerba y flores coronado.

Era de altura tal, que no podría
Un liviano neblí subir á vuelo,
Y así no sin temor me parecía
Mirando abajo estar cerca del cielo;
De donde con la vista descubria
La grande redondez del ancho suelo,
Con los términos bárbaros ignotos
Hasta los mas ocultos y remotos.

Viéndome pues Belona allí subido
Me dijo: «El poco tiempo que te queda
Para que puedas ver lo prometido,
Hace que detenerme mas no pueda:
Mira aquel grueso ejército movido,
El negro humo espeso y polvareda
En el confin de Flandes y de Francia
Sobre una plaza fuerte de importancia.

»Después que Carlos quinto hubo triunfado
De tantos enemigos y naciones,
Y como invicto príncipe hollado
Las árticas y antárticas regiones,
Triunfó de la fortuna y vano estado,
Y asegura su fin y pretensiones,
Dejando la imperial investidura
En dichosa ocasion y coyuntura.

»Y movido de pio y santo celo
Que del gobierno público tenia,
Pareciéndole poco lo del suelo
Segun lo que en el pecho concebía,
Vuelta la mira y pretension al cielo,
El peso que en los hombros sostenía
Le puso en los del hijo, renunciados
Todos sus reinos, títulos y estados.

Viendo el hijo la próspera carrera
Del victorioso padre retirado,
Por hacer la esperanza verdadera
Que siempre de sus obras habia dado,
Por el principio y ocasion primera
Aquel copioso ejército ha juntado,
Para bajar de la enemiga Francia
La presuncion, orgullo y arrogancia.

Aquella es San Quintin que ves delante,
Que en vano contraviene á su ruina,
Presidio principal, plaza importante,
Y del furor del gran Felipe dina:
Hállase dentro della el almirante,
Debajo cuyo mando y disciplina
Está gran gente plática de guerra
A la defensa y guarda de la tierra.

En tres partes allí como se muestra
El enemigo campo se reparte,
Cáceres con su tercio á mano diestra,
Donde está de Felipe el estanderte,
El pronto Navarrete á la siniestra
Con el conde de Mega, y de la parte
Del Burgo Julian con tres naciones
Españoles, tudescos y valones.

En esto el fiero ejército furioso,
Por la señal postrera ya movido,
En un turbion espeso y polvoroso
Corre al batido muro defendido.
¿Quién fuera de lenguaje tan copioso
Que pudiera explicar lo que aquí vido?
Mas aunque mi caudal no llegue á tanto,
Haré lo que pudiere en otro canto.

»Llegamos pues á tiempo que seguro
Podrás ver la contienda porfiada,
Y sin escalas por el roto muro
Entrar los de Felipe á pura espada;
Verás el fiero asalto y trance duro,
Y al fin la fuerte Francia aportillada:
Que al riguroso hado incontrastable
No hay defensa ni plaza inespugnable.

»Conviéneme partir de aquí al momento
A meterme entre aquellos escuadrones,
Y remover con nuevo encendimiento
Los unos y los otros corazones:
Tú desde aquí podrás mirar atento
Las diferentes armas y naciones,
Y escribir de una y otra la fortuna,
Dando su justa parte á cada una.»

Luego la diosa airada y compañía
Por el aire en tropel se deslizaron,
Y en un instante sin torcer la via
(Cual presto rayo) á San Quintin bajaron:
Donde atizando el fuego ya que ardia
Con la amiga discordia se juntaron,
Que andaba entre las huestes y compañías
Infundiéndoles ira en las entrañas.

